

Globalización, crisis del capitalismo y ataque a Estados Unidos. ¿Del neoliberalismo al neoproteccionismo?¹

Erick Pernet G.

*... el sistema proteccionista es conservador, al paso que el librecomercio es destructor.
Este régimen desintegra las antiguas nacionalidades y lleva a sus últimas
consecuencias el antagonismo entre la burguesía y el proletariado.
En una palabra, el sistema de la libertad de comercio acelera la revolución social.
En este sentido, exclusivamente, emito yo mi voto, señores, a favor del libre cambio.*

Carlos Marx

Resumen

Si durante la segunda mitad del siglo XIX el capitalismo industrial emerge bajo el impulso de políticas librecambistas en reacción al proteccionismo mercantilista; y si a fines del siglo XX el capitalismo financiero retorna a políticas librecambistas de corte neoliberal que entran en crisis a principios del siglo XXI, entonces se abren algunas interrogantes sobre el futuro del propio capitalismo, entre ellas: ¿puede realmente la crisis del neoliberalismo resolverse desencadenando una nueva etapa de neoproteccionismo?, ¿resiste el capitalismo otra fase de contracción como la que parece iniciarse en esta centuria?, ¿permite una nueva guerra internacional enderezar la economía estadounidense y relanzar un nuevo periodo de expansión para profundizar aún más la globalización del capital?, ¿qué nuevo orden mundial y qué eventual realineamiento de bloques puede surgir de una coyuntura en la que la estructura tripolar de los centros regionales y la competencia interbloques habían empezado a desintegrarse frente a la preeminencia de Estados Unidos? En este ensayo se apunta además al análisis histórico del neoliberalismo y la globalización, donde ambos constituyen un momento histórico en las fases de librecomercio y proteccionismo por las que transita el mercado mundial, impulsado por los ciclos de expansión y contracción económica que caracterizan la dialéctica del capital. Con la formación de nuevas potencias industrializadas a lo largo del tiempo y respecto a las diferentes etapas del capitalismo mundial, la expansión estadounidense por el control del mercado global llegó a límites extraordinarios. La etapa de la globalización, alcanzada a finales del siglo XX, luego de la desintegración del Pacto de Varsovia y el COMECON a principios de los noventa, y de la subsiguiente integración y unificación contradictoria del mercado capitalista mundial bajo el predominio del capital financiero y transnacional, conducen a que el siglo XXI se inicie en condiciones semejantes a las de principios del siglo XX: con un mercado mundial nuevamente unificado bajo predominio del modo de producción capitalista, aunque con niveles de desarrollo tecnológico-científico de creciente complejidad y bajo la hegemonía de una sola potencia. Y así, el ataque a Estados Unidos en septiembre de 2001 podría, en la línea de análisis que aquí se expone, poner el punto final a la fase de neoliberalismo y globalización económica inherente a la etapa de expansión y crisis del librecomercio de fines del siglo XX, para abrir paso a una incierta etapa

¹ Este trabajo se presentó como ponencia en el XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), celebrado en la ciudad de Antigua, Guatemala, del 29 de octubre al 2 de noviembre de 2001.

de neoproteccionismo hacia el inicio del siglo XXI donde dicho ataque parece marcar la transición a una eventual coyuntura de la globalización del poder militar, basada en el uso de la fuerza; y cuyo prelude, anunciado por los bombardeos contra Afganistán y la cruzada mundial contra el terrorismo, podría constituir el inicio de una nueva guerra internacional con epicentro en la región del Índico asiático. Este hecho coincide con un momento de crisis mundial de dimensiones muy profundas, determinadas en gran parte por la dinámica que la política neoliberal y el proceso de globalización e internacionalización del mercado capitalista, liderados por Estados Unidos, habían impuesto en el manejo de las relaciones humanas a nivel internacional convirtiendo a este país en la personificación de tal crisis, y donde el ataque contra su propio territorio parece constituirse en el detonante final de estos procesos cíclicos y el punto de partida para su eventual transformación.

Abstract

During second half of the XIX century the industrial capitalism emerges under the free-trade policies impulse in reaction to the mercantilist protectionism; and if at the end of the XX century the financial capitalism returns to free-trade policies of neoliberal court that enter crisis in the beginning of the XXI century, then are opened some questions on the future of the own capitalism, between them: it can actually the crisis of the neoliberalism be solved unfettered a new stage of neoproteccionism?, the capitalism resists other contraction phase as the one which seems be begun in this century?, a new international war allows to straighten the American economy and restore a new period of expansion to deepen yet more the globalization of the capital?, what new world order and what eventual re-alignment of blocks can stem from a conjuncture in the one which the three-polar structure of the regional centers and the competition inter-blocks had begun to be disintegrated as compared to the permanence of United States? In this trial is noted furthermore to the historical analysis of the neoliberalism and the globalization, where both constitute a historical moment in the phases of free trade and protectionism by those which travels the world market, impelled by the cycles of expansion and economic contraction that characterize the dialectical of the capital. With the training of new powers industrialized to what is long of the time and with respect to the different stages of the world capitalism the American expansion by the control of the global market arrived to extraordinary limits. The stage of the globalization, reached around the end of XX century, after the breakup of the Agreement of Warsaw and the COMECON at the beginning of the ninetys, and of the subsequent integration and contradictory unification of the world capitalist market under the predominance of the financial and transnational capital, lead to the fact that the XXI century is begun in similar conditions to those of principles of the XX century: with a unified world market under predominance of the capitalist production manner, though with technological-scientific development levels of growing complexity and under the hegemony of an alone power. And thus, the assault on United States in September 2001 would, in the analysis line that here is exposed, put the final point to the phase in neoliberalism and inherent economic globalization to the expansion and crisis stage of the free-trade at the end of the XX century, to make way to an uncertain stage of neo-proteccionism toward the beginning of the XXI century where the assault seems to dial the transition to a contingent conjuncture of the globalization of the military power, based on the use of the force; and whose prelude, announced by the bombardments against Afghanistan and the world crusade against the terrorism, would constitute the beginning of a new international war with epicentre in the Indian Asian region. This fact coincides with a moment of world crisis of very deep dimensions, determined in large part by the dynamics that the neoliberal policy and the globalization process and internacionalization of the capitalist market, under the leadership of United States, they had imposed in the managing of the human relationships at international level converting to this country in the impersonation of such crisis, and where the assault against its own territory seems be constituted in the detonative final of these cyclical processes and the starting point for its contingent transformation.

Perspectiva histórica

Partamos de un referente histórico y teórico-metodológico para contextualizar los conceptos de "neoliberalismo" y de "globalización". Ambos fenómenos surgen como momentos específicos del desarrollo del capitalismo en el último cuarto del siglo XX. Constituyen construcciones ideológico-políticas derivadas de ciertas fases particulares de la evolución del capital, y tienen por tanto un carácter necesario para esas fases, pero relativo y transitorio en la dinámica histórico-universal del sistema capitalista como un todo.

Estos conceptos representan la legitimación ideológica de intereses supranacionales de una oligarquía internacional conformada por una minúscula clase de "ultrarricos" que detenta el poder económico y político global, gracias al control

que ejerce sobre el capital financiero y las empresas transnacionales, excluyendo a una mayoría de la población mundial crecientemente marginada y pauperizada.

Mirados en una perspectiva histórica más amplia, estos dos fenómenos corresponden sólo a los últimos 25 años de desarrollo, de los cerca de 250 que abarcaría el desenvolvimiento del capitalismo desde sus inicios, a partir del surgimiento del capital industrial con la máquina de vapor en la segunda mitad del siglo XVIII. Ambos constituyen un momento histórico en las fases de librecambio y proteccionismo por las que transita el mercado mundial, impulsado por los ciclos de expansión y contracción económica que caracterizan la dialéctica del capital.

Con las teorías de Adam Smith y David Ricardo a fines del siglo XVIII y principios del XIX toma forma el liberalismo económico liderado por Gran Bretaña, que como imperio hegemónico mundial, construido sobre su emergente tecnología del vapor y su poderío naval impone el librecambio como doctrina económica-política dominante para el comercio y las relaciones internacionales; mientras configura un orden geopolítico mundial de corte unipolar, que absorbiendo casi la mitad del mercado global e impulsando la industrialización de la periferia precapitalista lidera la primera oleada de globalización capitalista a escala internacional.

El liberalismo inglés —que durante el último cuarto del siglo XX ha servido de fundamento ideológico al neoliberalismo estadounidense— surgió a su vez como reacción a las políticas mercantilistas de carácter proteccionista dominantes entre los siglos XVII y XVIII orientadas al enriquecimiento y la protección de los nacientes Estados nacionales europeos que, enfrentados a la opresión del feudalismo, buscaban en la acumulación de metales preciosos y en el fortalecimiento de sus balanzas comerciales el camino hacia la autonomía económica y política.

Con la formación de nuevas potencias industrializadas durante el último cuarto del siglo XIX, encabezadas por Estados Unidos en América, junto con Alemania, Italia y Rusia en Europa y Japón en Asia —estimuladas por la “segunda revolución tecnológica” del motor eléctrico de combustión interna y la expansión del capital financiero—, se produjo una nueva etapa de internacionalización del mercado bajo la égida de un capitalismo monopolista dominante que da inicio a la llamada era del “Imperialismo”, inaugurando el siglo XX con una segunda oleada de globalización capitalista sin precedentes, donde una Inglaterra debilitada daba paso a un nuevo orden mundial, más multipolar y proteccionista.

La Primera Guerra Mundial y la Revolución Bolchevique en Rusia desarticulan el conflictivo entramado alcanzado a escala internacional por el mercado capitalista y fracturan su relativa integración económica global, desvertebrando el proceso de globalización configurado a principios del siglo XX, dando paso a los gérmenes de un orden mundial de tipo bipolar con el nacimiento del Estado soviético que, orientado hacia la construcción de un régimen comunista, se enfrentaba a un capitalismo rejuvenecido y liderado entonces por Estados Unidos.

El crecimiento económico generado al finalizar la guerra, particularmente en Estados Unidos, origina una década de librecambio propiciada por ese país en medio de un contexto mundial dominado por el proteccionismo; los excesos de

ese "neoliberalismo" de la década del veinte conducen abruptamente a la Gran Depresión de los años treinta y al retorno de políticas proteccionistas que permiten la institucionalización de las teorías de J. M. Keynes, refuerzan el papel de los Estados nacionales y abren paso a la posterior aplicación de esas políticas en la industria de armamentos hacia finales de esta década, propiciando un clima internacional de militarismo, nacionalismo, dictaduras y xenofobia que, encabezado por el rearme de la Alemania hitleriana, arrastró a las potencias dominantes hasta desencadenar la Segunda Guerra Mundial.

Con el surgimiento de la Guerra Fría se produjo la ampliación y consolidación de la bipolaridad emergente entre Estados Unidos y la Unión Soviética (URSS), profundizando la división del mercado mundial y donde las economías más desarrolladas del sector capitalista, integradas en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), se enfrentaban a un área económica menos desarrollada y relativamente independiente del capitalismo occidental que agrupaba a varios países autoproclamados "socialistas" integrados en la Comunidad de Ayuda Mutua Económica (CAME o COMECON), asociada a Estados como China y Yugoslavia, articulados a la corriente comunista después de la guerra.

Al advenimiento de la bipolaridad en la posguerra se sumó el fortalecimiento del Estado de bienestar en el occidente capitalista como prolongación de las políticas keynesianas en los países más industrializados y del auge económico sostenido con bajos precios del petróleo –menos de 3 dólares el barril–, durante el siguiente cuarto de siglo y hasta principios de los años setentas, cuando la debilidad del dólar y las dos crisis del petróleo, originadas por sendos boicots de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) –en 1973 y 1979– frenaron la expansión capitalista en medio de las recesiones internacionales de 1974-1975 y 1980-1981, respectivamente y que, junto con la crisis de la deuda externa del llamado "tercer mundo", confluyeron en el fuerte crac bursátil de 1987, socavando las bases del keynesianismo y del Estado de bienestar y abriendo paso a la implementación de nuevas políticas globales popularizadas con el nombre de "Neoliberalismo".

El neoliberalismo

Paradójicamente, las nuevas políticas neoliberales que se aplican desde el último cuarto del siglo XX, fundamentalmente en los países de la periferia capitalista, entonces llamada "Tercer Mundo", corresponden no a la continuación de la fase de crecimiento económico de posguerra, sino, por el contrario, al inicio de una contracción que se extendería durante ese mismo periodo, y que se mantiene y profundiza a comienzos del siglo XXI.

Esa contracción arrastraba las secuelas de la crisis de endeudamiento en que se vio sumido el "Tercer Mundo", como resultado de los petrodólares reciclados en bancos occidentales por los países árabes productores de petróleo, los que favorecidos entonces por los exorbitantes precios del crudo, reinvertieron en ellos sus utilidades haciendo caer las tasas internacionales de interés, abriendo el cami-

no a la deuda de los países menos industrializados –especialmente latinoamericanos– y fortaleciendo el ciclo del capital financiero especulativo internacional y la transnacionalización del capital.

Así, luego de que el experimento realizado en Chile, a partir de 1973 con el golpe militar del general Augusto Pinochet, abriera las puertas al modelo neoliberal en Latinoamérica, los años ochentas terminan bajo el predominio de las políticas neoliberales, cuando los gobiernos de Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en Inglaterra las internacionalizan en Occidente desde principios de esos años y la administración de Mijail Gorbachov las implementa en la URSS a mediados de ese decenio, extendiéndolas al resto del bloque soviético en el este de Europa con el nombre de *Perestroika* y *Glasnost*.

La internacionalización de estas políticas, orientadas a contrarrestar el decrecimiento económico de los Estados más industrializados y a garantizar el pago de las deudas contraídas por los países tercermundistas, a la par que imponía duras medidas de apertura económica, privatización y restricción de gastos sociales a esos países, terminó profundizando la crisis gestada a principios de los setentas conduciendo a otra recesión internacional desde 1989.

El despliegue de esta recesión, que deprimió primero al bloque soviético sumiéndolo en la postración, arrastró consigo a todos sus países periféricos de Europa Oriental hasta el derrumbe definitivo marcado por la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989. Simultáneamente, la crisis toca a la economía estadounidense hacia la recesión entre 1990 y 1991, cuya onda expansiva se extiende al resto de Occidente rebotando sobre la Unión Soviética, donde la caída de los precios del petróleo –del que dependía el grueso de sus divisas– hace insostenible su propia crisis interna, agravada por sus bajos niveles de productividad y debilidad tecnológica. Todo ello conduce a la desintegración política de la URSS en diciembre de 1991, meses después de que la guerra del Golfo Pérsico evidenciara su debilidad geopolítica frente a la preponderancia internacional de Estados Unidos, que precisamente gracias al liderazgo y victoria alcanzados en esa guerra, ya consolidaba su posición como potencia hegemónica en el nuevo orden mundial emergente.

Estos cambios geopolíticos estructurales, marcados por la caída del bloque soviético en Europa Oriental, la Guerra del Golfo Pérsico y la desintegración soviética, constituyeron no sólo una victoria política para Washington en la Guerra Fría sino también una plataforma de recuperación material para su debilitada economía –agotada por el esfuerzo de la carrera armamentista– que ahora ampliaba sus espacios de inversión y obtenía nuevas zonas periféricas de influencia hacia dónde exportar, junto con su crisis, los excedentes estancados de su propia recesión.

Con la proclamación de un “Nuevo Orden Mundial”, desde la caída del Muro, el presidente George Bush intentaba legitimar una representación ideológica de esos cambios, construida sobre el paradigma de la derrota del “socialismo”, y la presunta victoria del capitalismo y el mercado simbolizados por el poder estadounidense; representación que a su vez pretendía ser justificada teórica-

mente por el profesor Francis Fukuyama con su artículo sobre "El fin de la historia" y la promulgación de una nueva ideología fundada en el presunto "fin de las ideologías".

El desorden y la anarquía internacional que acompañaron esta traumática transición durante el primer lustro de los noventa condujo a que el paradigma del Nuevo Orden cayera por su propio peso, dando paso a una nueva entelequia que, desempolvando un viejo término utilizado en décadas pasadas por economistas estadounidenses, sirvió al Fondo Monetario Internacional (FMI) para explicar y legitimar los nuevos procesos globales de mundialización del capital: la "globalización".

Superada la euforia inicial del Nuevo Orden y ajustada la dinámica de los viejos conflictos bipolares a los nuevos conflictos regionales en los Balcanes, el Cáucaso, el Golfo Pérsico, África ecuatorial, y al emergente papel de la OTAN en las novedosas condiciones de la llamada "posguerra fría" con su política expansionista hacia el este de Eurasia, empezó a configurarse un sistema de relaciones internacionales caracterizado, en el plano geo-económico, por la multipolaridad emergente de bloques comerciales, mientras que en el geopolítico dominaba la creciente unipolaridad de Estados Unidos.

Así, mientras que por una parte la geoeconomía del planeta estaba marcada por la presencia de tres bloques regionales de comercio estratégicamente ubicados en América del Norte, Europa Occidental y el Pacífico Asiático, liderados respectivamente por Estados Unidos a través del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o NAFTA, por sus siglas en inglés), por Alemania en la Unión Europea (UE) y por Japón con sus tigres y dragones, los cuales se repartían dos terceras partes del mercado global donde competían con políticas proteccionistas en defensa de sus intereses regionales; por otra parte, la geopolítica mundial estaba, a su vez, crecientemente monopolizada por Estados Unidos a través del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (ONU), el FMI, la Organización Mundial del Comercio (OMC), la Alianza Atlántica (OTAN), donde las posiciones de Washington se iban afianzando en detrimento de Rusia y China y con la aparente aquiescencia de Alemania y Japón.

Las crisis

El desequilibrio existente en las relaciones internacionales, como resultado del desfase multipolaridad-unipolaridad, entre la economía y el poder, empezó a modificarse a mediados de la década de los noventa cuando la competencia interbloques, que dominaba un mercado mundial altamente competitivo y tendencialmente reducido por los altos niveles de pobreza, dio paso a una serie de crisis financieras originadas en los llamados "mercados emergentes" de la periferia capitalista que, precedidas de la crónica debilidad económica del Japón, tienden a extenderse desde finales del siglo pasado hasta los "mercados centrales" y que, miradas desde la perspectiva del último lustro, parecen generar una especie de "efecto dominó" a escala mundial, que configura el marco de una crisis

y un retroceso general en el proceso de globalización; esto debilita la multipolaridad geoeconómica de los bloques a favor de una excesiva concentración del capital en un solo centro, eventualmente Estados Unidos. Con ello, se bordeaban los límites de su sobreexpansión imperial y afectaban el mercado en su conjunto al obstaculizar la reproducción del propio capital.

Así, el denominado "efecto tequila", que se originó con la crisis y devaluación de la economía mexicana en diciembre de 1994, extendió su "contagio" a los principales mercados emergentes en 1995, especialmente a Argentina y Brasil en América Latina, afectando al MERCOSUR y, con él, al resto de las economías latinoamericanas; finalmente fue contenido con la intervención conjunta del FMI y Estados Unidos que había firmado con México el TLCAN y favorecido su ingreso en la OCDE como país de "primer mundo".

A mediados de 1997 la devaluación del *bath* en Tailandia constituyó el prelude del llamado "efecto dragón" o "crisis asiática" que, entre fines de ese año y principios de 1998, derrumbó la economía del Pacífico asiático, junto con sus tigres y dragones, profundizando la crisis en que se debatía Japón desde principios de la década. Así se destruyeron las ilusiones forjadas sobre el "modelo asiático" y la región del Asia-Pacífico, que hasta entonces había impulsado el crecimiento de la economía mundial con tasas promedio superiores al 7 por ciento anual proyectándose como el gran mercado del siglo XXI, que integraría la Cuenca del Pacífico en el denominado Foro de Cooperación Asia Pacífico (APEC) como el área de libre comercio más ambiciosa jamás proyectada.

El contagio de la "gripe asiática" tuvo una resonancia y una repercusión mucho mayor que el "efecto tequila" al impactar no sólo a los "emergentes", sino también a las economías centrales cuyas bolsas sufrieron fuertes caídas que estremecieron el mercado financiero y los cimientos del capitalismo internacional, exigiendo la intervención del FMI con préstamos extraordinarios de emergencia a las economías asiáticas los cuales terminaron debilitando las propias reservas y liquidez del Fondo.

En agosto de 1998, el siguiente "efecto", llamado "vodka", originado en la debacle de la economía de Rusia, y que estuvo acompañado de la profunda devaluación del rublo, junto con el cese de pagos de las deudas del país, resintió aún más los mercados de valores y los centros financieros que no terminaban de recuperarse del impacto de la crisis asiática.

Dada la interconexión financiera con Brasil, el "efecto vodka" extendió su embriagador "contagio" a este país en enero de 1999, bautizado eufóricamente como "efecto samba", para golpear a la primera economía de Latinoamérica y al MERCOSUR -bloque comercial con mayor peso regional en América después del TLC-, arrastrando en su ebriedad a Argentina que, amarrada a una paridad insostenible con un dólar internacionalmente revalorizado y dependiente al mismo tiempo de su abultado comercio con Brasil y la UE, no pudo resistir el virus recesivo empezando el nuevo milenio postrada en cuidados intensivos, con dosis de la consabida receta del FMI bajo el novedoso rótulo de "déficit cero", y a punto de transmitir su alcoholizado "contagio" al resto del mundo con un nuevo "efecto" que, en medio de la resaca de las quiebras, terminó tristemente denominado como "efecto tango".

Con ello, el "efecto dominó" —que con la crisis mexicana a mediados de los noventas había iniciado su secuela de contagios regionales a partir de un virus recesivo adquirido en la frontera meridional de Estados Unidos—, pareció retornar al patio trasero de esta potencia luego de un periplo de 365 grados alrededor del mundo para amenazar con su "contagio" la salud de la pujante economía estadounidense cuyo bienestar se prolongaba ya por casi una década.

Efectivamente, si en los "mercados emergentes" no escampaba, en las economías centrales empezaba una tormenta. El mismo primero de enero de 1999 cuando el "efecto samba" propinaba su rítmico traspies sobre América Latina, nació en el Viejo Continente el tan publicitado Euro anunciado como el milagro monetario del siglo XXI: la moneda única europea que competiría con el dólar y el yen, configurando la tríada salvadora hacia un nuevo equilibrio monetario internacional.

Sin embargo, también las ilusiones monetaristas se derrumbaron rápidamente, pues la nueva moneda única que vio la luz a razón de casi 1.20 euros por dólar empezó a caer persistentemente hasta perder cerca de un 30 por ciento de su valor durante sus dos primeros años de vida, cotizándose a principios del 2001 por debajo de 0.90 centavos de dólar, como resultado de la desaceleración económica y el desempleo que abatía la naciente Zona Euro, encabezada por la Alemania unificada, hasta entonces considerada, junto con el todopoderoso marco alemán, la locomotora de Europa.

Para Estados Unidos, por el contrario, las tormentas financieras que abatían los centros y las periferias parecían permitirle navegar viento en popa. Primero, sobre la cresta de la ola de un prolongado ciclo expansivo de casi una década que impulsaba su crecimiento después de superar su última recesión de 1990-1991, gracias a sus victorias en la guerra fría contra la URSS y en la guerra del Golfo contra Irak. Segundo, sobre los vientos devaluadores que soplaban tanto en las periferias de Latinoamérica, Asia y Europa Oriental —incluida Rusia—, como en los dos centros colaterales del capitalismo: Japón y la UE. Tercero, sobre precios del petróleo barato que, en promedio de 20 dólares por barril durante la década de los noventa, acompañaron esa expansión "inagotable" después de la guerra del Golfo favoreciendo la competitividad del mayor consumidor mundial de crudo e impulsando la "globalización" de las transnacionales estadounidenses.

Estos vientos que corrían a favor de Estados Unidos en la década de los noventa, a costa de las crisis de sus vecinos, fortalecían su divisa y consolidaban un dólar fuerte revaluado que le permitía, de una parte, comprar barato aunque vendiera caro y agigantara su déficit comercial; lo cual subsanaba su poderoso consumo interno que absorbía más de las dos terceras partes de su producción; de otra parte, le permitía absorber como una esponja las inversiones que huían atemorizadas de sus periferias empobrecidas convirtiéndose en una atracción mundial del capital que ofrecía, además del optimismo y la seguridad —respaldada por su condición de potencia imperial—, una indiscutible rentabilidad con tasas de interés cercanas al 7 por ciento a principios de siglo, cuando Europa no alcanzaba un 5 por ciento y Japón se aproximaba a cero.

Al mismo tiempo, en la bolsa de valores, Wall Street batía todos los records de crecimiento tanto en el Dow Jones como en el Nasdaq, donde las empresas de Internet y de tecnologías informáticas de punta, eufemísticamente llamadas de la "Nueva Economía", crecían desenfrenadamente haciendo caso omiso de las leyes de la gravedad y la lógica del ciclo económico y sobre cuyo crecimiento descontrolado cabalgaba triunfante la emergente economía estadounidense, arrastrando a su población a un desenfreno bursátil tras una delirante fiebre especulativa de rápido enriquecimiento.

Sin embargo, los factores de éxito que impulsaron el crecimiento de la economía estadounidense a lo largo de los años noventa comenzaron a revertir su tendencia expansiva desde principios del siglo XXI para convertirse en frenos a su desarrollo económico, arrastrándola hacia el mismo abismo recesivo en que se hundían sus competidores bajo el peso de la potencia americana, induciendo finalmente un nuevo efecto que eventualmente podría denominarse "efecto yanqui", el cual podría dar al traste con la globalización y el mercado mundial provocando una depresión de dimensiones globales.

La fase de expansión económica que impulsó el crecimiento de la economía estadounidense durante los noventa pareció haber agotado su dinámica interna a principios de siglo; arrastrada de una parte por el incremento del precio del petróleo a fines de los noventa, que alcanzando niveles de 30 dólares el barril generaba inflación y restaba competitividad a la producción de Estados Unidos resentida en los mercados externos por la revaluación del dólar, y en su propia casa, por el agotamiento de su mercado interior saturado de deudas y sin capacidad de consumo. Y de otra, por la crisis en que empezaban a sumirse las industrias de computadoras y tecnologías de punta saturadas con inventarios y excedentes acumulados en un mercado mundial tendencialmente deprimido por la pobreza y el desempleo estructural generado por la productividad que la propia robotización y automatización del trabajo introducen en la sociedad.

Adicionalmente, la hipótesis de una eventual "onda larga" del capitalismo con fases de entre 25 y 30 años –previsible según las investigaciones de Nikolai Kondratiev– podría corresponder a la contracción económica del último cuarto de siglo, la cual estuvo acompañada de tres recesiones internacionales originadas en los inicios de las décadas de los setentas, ochentas y noventa en estrecha relación con desajustes económicos derivados de los precios del petróleo y conflictos acaecidos en el Medio Oriente.

Desde esta perspectiva teórica, una eventual recesión global a principios de la primera década del siglo XXI –y dadas las actuales condiciones de desaceleración en la que se encuentran la economía mundial y los tres centros fundamentales del capitalismo junto con sus periferias–, podría corresponder a la tendencia de una onda recesiva de este tipo, coincidente con la aparente periodicidad de un "ciclo de Kondratiev", cuya fase de contracción, iniciada hacia principios de los setentas, rondaría sobre un periodo de unos treinta años, y donde la economía estadounidense, por su posición dominante en el entramado mundial, podría a su vez

convertirse en la última ficha en derrumbarse, como resultado de un eventual "efecto dominó" a escala mundial.

La globalización

La globalización, entendida como el proceso de internacionalización del mercado, que genera una creciente interdependencia e interconexión económica entre los diferentes espacios y regiones del planeta hacia niveles de mayor complejidad –extensivo actualmente hacia el espacio extraterrestre–, aparece históricamente como un proceso milenario inherente a la naturaleza y a la dinámica interna de la economía mercantil; el cual avanza a través de oleadas históricas sucesivas marcadas por periodos de flujos y reflujos que, con el surgimiento del mercado mundial en el siglo XVI, se impulsan entre momentos de proteccionismo y libre-cambio; mismos que alcanzan su máximo despliegue histórico en la última década del siglo pasado cuando la desintegración del bloque soviético condujera a la reunificación del mercado capitalista mundial bajo una oleada de librecambio o neoliberalismo liderada por Estados Unidos.

Este proceso, que tiene su génesis en las primitivas formas de trueque, se desarrolla en la Antigüedad con la consolidación de los primeros imperios del Asia Occidental, desde el imperio persa, pasando por la expansión de Grecia y Macedonia con Alejandro Magno, hasta la época de mayor extensión del Imperio Romano a principios de nuestra era; que alcanzó a configurar alrededor de la cuenca del mar Mediterráneo un gran mercado tricontinental que articulaba los litorales del norte de África, el Asia Menor y la Europa Meridional, y que sobrevivió bajo la égida de Roma hasta la caída del Imperio a fines del siglo V.

Después de casi un milenio de medioevo, a partir de los grandes descubrimientos geográficos de los exploradores portugueses y españoles a finales del siglo XV y principios del XVI –que conducen a la integración histórica y geográfica del mundo con la creación de un mercado global unificado bajo el impulso del capital comercial y el sistema colonial dominado por Europa–, se abre paso una etapa más avanzada del proceso de globalización que al amparo de políticas proteccionistas y guerras comerciales impuestas por las potencias europeas desplaza la cuenca mediterránea y convierte al Océano Atlántico en epicentro de la economía y la geopolítica global.

Con la Revolución Industrial de Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo XVIII y el siglo XIX, la internacionalización del proceso de industrialización basado en la tecnología del vapor inaugura otra etapa histórica de la globalización impulsada entonces por el capital industrial, en un orden mundial de corte unipolar liderado por Inglaterra como potencia hegemónica global; que gracias al control de las nuevas industrias y al predominio marítimo consolida su primacía económica sobre la Cuenca del Atlántico e impone el librecambio como expresión de su dominio imperial.

Entre finales del siglo XIX y principios del XX con la aplicación del petróleo al desarrollo del motor de combustión interna que impulsa el despegue de una se-

gunda revolución tecnológica, y con ella el relanzamiento de la economía capitalista con novedosas tecnologías y ramas de la producción, emerge un nuevo orden multipolar donde convergen nuevas potencias industriales encabezadas por Estados Unidos en Norteamérica, Alemania en Europa y Japón en Asia, las cuales eclipsan el poderío británico y su tecnología del vapor.

Con ello, se abre paso otra nueva etapa de la globalización caracterizada entonces por una internacionalización sin precedentes del comercio y el capital financiero, en medio de una confrontación imperialista por el control de un mercado más mundializado que articula más estrechamente la Cuenca del Pacífico donde ya germina el conflicto de intereses japoneses y estadounidenses. Esta globalización da inicio a una fase de proteccionismo que desemboca en la Primera Guerra Mundial y favorece el auge de Estados Unidos que emerge sobre las cenizas de Europa como la nueva potencia que afianza su poder en el Atlántico y el Mediterráneo, mientras avanza sobre el Pacífico.

Al final de la Segunda Guerra Mundial el poder estadounidense, que se amplía en Europa con la derrota de Alemania y el debilitamiento de Inglaterra, se extiende al Pacífico asiático luego del bombardeo atómico sobre Japón; y se refuerza a escala global gracias al liderazgo que Estados Unidos ejerce sobre la nueva revolución tecnológica en microelectrónica, la cual impulsa la energía nuclear junto con la industria informática y las computadoras que nacen de las necesidades de la guerra.

Desde entonces, ampliado el predominio sobre el Atlántico-Mediterráneo en la primera guerra y sobre el Pacífico asiático en la segunda, la expansión estadounidense por el control del mercado global conduciría durante la posguerra hacia la penetración en la inmensa masa continental que separa estos dos océanos conocida como Eurasia, y cuyo equilibrio geopolítico en Asia continental reposaba principalmente sobre el trípode conformado por la URSS –extendida hacia la Europa Oriental al final de la segunda guerra–, China –convertida al comunismo luego de la derrota japonesa– y la India –más cercana al socialismo tercermundista–, sumado al mosaico de países musulmanes de Oriente Medio, y cuyos juegos de intereses con Estados Unidos y Europa dominarían la lógica de la guerra fría y la carrera armamentista.

Una vez desintegrado el Bloque Soviético junto con el Pacto de Varsovia y la URSS; debilitado el poder imperial de Rusia; neutralizada internacionalmente China como potencia regional penetrada por el capital transnacional; distraída y empobrecida la India en el desgaste de su conflicto fronterizo contra Pakistán por la región de Cachemira; agotado y dividido internamente el Cercano Oriente musulmán después de la Guerra del Golfo Pérsico en sus confrontaciones contra Israel, entonces, la penetración occidental en Asia toma un nuevo impulso.

Vista desde esta perspectiva, la política de expansión acordada por la OTAN luego de la disolución del Pacto de Varsovia parece dimensionarse para ampliar su área de influencia militar desde Europa Occidental y Turquía hacia el este de Asia, y la misma empieza a ejecutarse estratégicamente a finales de siglo XX.

Primero, absorbiendo a los tres países más importantes del extinto Pacto de Varsovia en el este de Europa: Polonia, República Checa y Hungría, para aproximarse hacia las fronteras de Rusia. Luego, posicionándose en la península de los Balcanes en territorio de la antigua Yugoslavia desintegrada, gracias a sus intervenciones en las guerras de Bosnia-Herzegovina y de Kosovo. Después, interviniendo entre bambalinas en el conflicto de Chechenia al interior Rusia, antigua frontera con el citado Pacto de Varsovia en el Cáucaso ex-soviético. Finalmente, amenazando intervenir en la guerra decretada por Estados Unidos contra Afganistán, en el corazón de Asia Central, núcleo de confluencia geopolítico de cuatro potencias regionales con armas nucleares en esa región: Rusia, China, India y Pakistán, y arriesgando vincular el mundo musulmán a un eventual conflicto regional en la Cuenca del Océano Índico.

Como resultado del debilitamiento de la antes próspera región del Asia-Pacífico, luego de la debacle sufrida durante la crisis asiática de 1997-1998 en las llamadas Economías de Reciente Industrialización (ERI) —desde Corea del Sur hasta Indonesia—, y en Japón, acompañada de la desaceleración económica de China, constreñida en un área deprimida por las devaluaciones de sus vecinos, entonces, la Cuenca del Índico, histórico "lago musulmán" hasta entonces marginado del proceso de globalización, emerge como el espacio geoeconómico más estratégico para la expansión del capital hacia el siglo XXI que reúne ventajas potenciales que permitirían proyectarla como la cuenca del milenio.

De una parte representa el espacio geográfico menos integrado a la globalización, a pesar de contener un amplísimo mercado potencial de consumidores que concentra regiones superpobladas con altas tasas de crecimiento demográfico, aunque deprimidas y marginadas, en medio de los más altos índices mundiales de pobreza; y cuyo relativo alejamiento del mercado internacional lo refuerza y legitima, el rechazo cultural impuesto al consumismo capitalista de masas por una religión enraizada en la estructura social de comunidades no occidentalizadas de corte precapitalista teocrático-feudal, convertidas en diques históricos que necesitaría romper el capital transnacional recolonizando ese olvidado "mundo musulmán" marginado de la "civilización" para avanzar hacia otra nueva etapa de globalización.

De otra parte, al interior de esa Gran Cuenca Islámica y el Golfo Pérsico, paradójicamente se conservan las dos terceras partes de las reservas mundiales de petróleo en proceso de extinción y gran parte del gas natural, junto a los oleoductos, gasoductos y rutas marítimas estratégicas para su comercialización: hacia Europa Occidental por el canal de Suez en Egipto; hacia el Pacífico Asiático y Japón por el Estrecho de Malaca en Indonesia, y hacia Norteamérica, bordeando Sudáfrica.

Todo lo cual convierte al Asia Meridional Islámica y su Cuenca del Índico en una tentación irresistible para las ambiciones expansionistas de las transnacionales petroleras que, aliadas con los traficantes de armas, encuentran en las "guerras religiosas" y el "choque de civilizaciones" la más envidiable alternativa de inversión donde el petróleo y las armas retroalimentan la más devastadora y lucrativa espiral de producción de plusvalía.

La eventual integración de la Cuenca del Índico al mercado mundial capitalista cerraría todo un ciclo histórico-geográfico de internacionalización del mercado que inició su periplo de expansión hacia Occidente en las antiguas civilizaciones orientales de China, India y Mesopotamia, enlazadas por la milenaria ruta de la seda con Europa occidental y el norte de África a través del mar Mediterráneo, y donde la economía mercantil alcanzó su máximo despliegue en la Antigüedad gracias al florecimiento del mercado tricontinental dominado por Roma alrededor del Mediterráneo convertido entonces en "lago romano". Y donde posteriormente, junto con la desintegración del feudalismo europeo, el capitalismo avanza hacia Occidente recuperando primero la cuenca del Mediterráneo en la Edad Media, para luego extenderse del Atlántico hasta el Pacífico durante la modernidad; cuando las dos guerras mundiales del siglo XX y el derrumbe de la bipolaridad permiten la consolidación de Estados Unidos en ambas cuencas oceánicas, abriendo paso finalmente a la expansión del capitalismo hacia la región del Índico.

La especificidad de la etapa actual de la globalización reside entonces en un proceso de mundialización del mercado capitalista, profundizado y dominado por el capital financiero-transnacional, la cual se gesta durante la crisis económica del último cuarto del siglo pasado y culmina con la desintegración del bloque soviético y la URSS a principios de la década del noventa, cuando las corporaciones industriales y financieras transnacionales, junto con las instituciones supranacionales como el FMI y la OMC, extienden su poder económico y político a las áreas y zonas de influencia del ya extinto bloque soviético abarcando a fines del siglo XX una cobertura mundial.

Así, esta etapa de la globalización, alcanzada a finales del siglo pasado, luego de la desintegración del Pacto de Varsovia y el COMECON a principios de los noventa, y de la subsiguiente integración y unificación contradictoria del mercado capitalista mundial bajo el predominio del capital financiero y transnacional, conducen a que el siglo XXI se inicie en condiciones semejantes a las de principios del siglo pasado: con un mercado mundial nuevamente unificado bajo predominio del modo de producción capitalista, aunque ahora, con niveles de desarrollo tecnológico-científico de creciente complejidad con un mayor grado de centralización económica y política y bajo la hegemonía de una sola potencia dominante que sumida en una profunda crisis se embarca en una nueva guerra internacional.

¿Del neoliberalismo al neoproteccionismo?

La globalización de los años noventa surge como resultado de la consolidación del neoliberalismo y de la profundización de las políticas librecambistas impuestas por Estados Unidos en su condición de potencia hegemónica dominante a fines del siglo XX, luego del derrumbe soviético.

Si la era de librecambio que predominó durante el siglo XIX, bajo la égida de Gran Bretaña, convertida entonces en imperio universal, condujo a una fase de globalización e internacionalización sin precedentes del mercado mundial, la declinación de esta potencia a principios del siglo pasado terminó abriendo paso a una etapa

de proteccionismo cuando las nuevas potencias emergentes, encabezadas por Estados Unidos, empezaron a proteger sus economías y a competir por el reparto del mercado global revirtiendo las políticas librecambistas de Inglaterra e inaugurando un periodo de regionalismos, guerras mundiales, depresión económica, despotismos y dictaduras.

A diferencia de la transición del librecambio al proteccionismo vivida entre finales del siglo XIX y principios del XX, en la que la economía y el mercado mundial se estructuraban alrededor de un orden geoeconómico multipolar, inestablemente equilibrado a partir de varios centros regionales de poder que competían con Inglaterra por el control del mercado; la eventual transición del neoliberalismo al neoproteccionismo, que germina a inicios de este siglo, se produciría en el contexto de un orden unipolar dominado ahora por Estados Unidos, luego del derrumbe de la bipolaridad y el posterior debilitamiento de los bloques regionales de comercio y la estructura tripolar en auge a principios de los noventa, y donde, frente a su manifiesta debilidad como potencia dominante, marcada por el ataque del 11 de septiembre de 2001 desde el interior de su propio territorio, no se vislumbra la presencia de potencias de recambio que, o dinamicen el neoliberalismo decadente, o lideren un neoproteccionismo emergente.

El ataque a Estados Unidos podría entonces, en la línea de análisis expuesta, poner el punto final a la fase de neoliberalismo y globalización económica inherente a la mencionada etapa de expansión y crisis del librecambio de fines del siglo XX, para abrir paso a una incierta etapa de neoproteccionismo hacia principios del siglo XXI donde dicho ataque parece marcar la transición a una eventual coyuntura de la globalización del poder militar, basada en el uso de la fuerza; y cuyo preludio, anunciado por los bombardeos contra Afganistán y la cruzada mundial contra el terrorismo, podría constituir el inicio de una nueva guerra internacional con epicentro en la región del Índico asiático.

Si durante la segunda mitad del siglo XIX el capitalismo industrial emerge bajo el impulso de políticas librecambistas lideradas por Inglaterra en reacción al proteccionismo mercantilista; y si a fines del siglo XX el capitalismo financiero —luego de superar fases de proteccionismo en la primera parte de ese siglo— retorna a políticas librecambistas de corte neoliberal que entran en crisis a principios del siglo XXI, entonces se abren algunos interrogantes sobre el futuro del propio capitalismo: ¿puede realmente la crisis del neoliberalismo resolverse desencadenando una nueva etapa de neoproteccionismo?, ¿resiste efectivamente el capitalismo otra fase de contracción como la que parece iniciarse en esta centuria?, ¿permite una nueva guerra internacional enderezar la economía estadounidense y relanzar un nuevo periodo de expansión para profundizar aún más la globalización del capital?, ¿qué nuevo orden mundial y qué eventual realineamiento de bloques puede surgir de una coyuntura en la que la estructura tripolar de los centros regionales y la competencia interbloques habían empezado a desintegrarse frente a la preeminencia de Estados Unidos?, ¿cómo se estructuraría entonces un nuevo mercado internacional sobre la base de una dinámica eventualmente neoproteccionista construida sobre un clima de guerra dominante?

Epilogo: ataque a Estados Unidos y repercusiones mundiales

El ataque de que fue objeto Estados Unidos el martes 11 de septiembre de 2001 dirigido contra el Centro Mundial del Comercio en Nueva York, destruyendo sus dos torres gemelas y contra el Pentágono en Washington, constituyó un acontecimiento de dimensiones y repercusiones mundiales insospechadas que parece constituir el punto de partida de una etapa de transformaciones estructurales a nivel internacional y de cambios cualitativos en la lógica y el discurso de las relaciones internacionales y la geopolítica global.

Este hecho coincide con un momento de crisis mundial de dimensiones muy profundas, determinadas en gran parte por la dinámica que la política neoliberal y el proceso de globalización e internacionalización del mercado capitalista, liderados por Estados Unidos, habían impuesto en el manejo de las relaciones humanas a nivel internacional convirtiendo a este país en la personificación de tal crisis, y donde el ataque contra su propio territorio parece constituirse en el detonante final de estos procesos cíclicos y el punto de partida para su eventual transformación.

Si —como hemos reseñado— la última década del siglo XX, marcada por la caída del bloque socialista junto con la Unión Soviética y la guerra del Golfo Pérsico, pusieron fin al periodo de bipolaridad y de guerra fría posterior a la Segunda Guerra Mundial, y catapultaron a Estados Unidos a la condición de potencia hegemónica global; la primera década del siglo XXI, impactada por el ataque contra este país, parece dar inicio a una fase de transformaciones estructurales que pone en tela de juicio la continuidad del proceso de neoliberalización y globalización internacional, y que podría convertirse en el punto de partida del declive de la potencia norteamericana.

En efecto, el periodo de expansión e internacionalización del mercado global que, bajo la fase de neoliberalismo y globalización liderada por Estados Unidos, ha caracterizado en los últimos años la coyuntura mundial, parece tocar fondo con este acontecimiento para dar inicio a un nuevo periodo de neoproteccionismo, nacionalismo, guerra, intervencionismo, chovinismo y xenofobia, que podrían convertirse en las constantes que eventualmente dominarán la convivencia internacional en la primera década de este milenio.

El Centro Mundial del Comercio en Nueva York no representaba sólo un símbolo del capitalismo global sino que constituía un centro fundamental de operaciones y logística del capital financiero internacional. El Pentágono en Washington tampoco era solamente el símbolo de la inteligencia militar estadounidense a nivel mundial sino el centro operativo de los altos mandos militares de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos en tierra, mar y aire, y el cerebro fundamental de la OTAN. Con lo que este ataque ha erosionado no sólo la seguridad, el prestigio y la imagen del corazón del capitalismo sino que eventualmente ha dificultado su propia operatividad.

El impacto mundial y las pérdidas ocasionadas por este acontecimiento comenzaron a dimensionarse de inmediato, con el cierre de todas las bolsas de

valores del mundo, encabezadas por Wall Street que no abrió sus operaciones ese día, y que luego de cuatro sesiones de cierre consecutivo –sin antecedentes desde la Gran Depresión– reinició actividades el lunes siguiente con fuertes caídas, extensivas a todas las bolsas de los demás centros financieros y mercados emergentes –particularmente latinoamericanos, encabezados por Brasil y México. Se disparó coyunturalmente el precio del petróleo y el oro y se generaron ruinosas pérdidas en empresas estadounidenses claves como las de aviación, aseguradoras, servicios, maquilas, turismo; al tiempo que se incentivaban otras, como las de construcción, seguridad, defensa. Todo ello en medio de un clima de inseguridad bursátil que dominó la semana posterior al atentado, cerrando tanto en el Dow Jones como en el Nasdaq, con una pérdida acumulada del 15 por ciento.

Este desplome de la economía mundial en su conjunto durante los días posteriores al ataque mostró no sólo el peso económico y político de Estados Unidos en el sistema capitalista global sino el anuncio de que el mercado internacional podría haber entrado en una recesión generalizada de carácter internacional; la cual había sido contenida hasta entonces por el contrapeso que los consumidores estadounidenses ejercían sobre el mercado interno, absorbiendo cerca de dos terceras partes de la producción.

En efecto, la coyuntura económica que se vivía tanto en Estados Unidos como a nivel global antes de que se produjera tal acontecimiento indicaba –según ha quedado establecido en nuestro análisis– que el mercado mundial y la propia globalización parecían haber entrado, desde principios del año 2001, en una etapa de agotamiento marcada por la crisis que tenía lugar en los bloques regionales, tanto en el Pacífico Asiático –específicamente en Japón– como en la UE –donde Alemania también había entrado en recesión–, y en los mercados emergentes, particularmente en Argentina que amenazaba los mercados financieros con el denominado “efecto tango”.

Esta endeble y precaria situación económica internacional se sostenía principalmente, gracias al auge que la economía estadounidense mantenía hasta principios de este siglo, luego de casi diez años de expansión económica iniciada a comienzos de la década pasada, a partir de sus victorias en la guerra del Golfo Pérsico y la Guerra Fría.

La mencionada caída del Nasdaq, en marzo del 2000, acompañada de la depreciación de Wall Street, el inicio de la devaluación del dólar, las caídas sucesivas de sus tasas de interés, el agotamiento de la capacidad de ahorro de los estadounidenses, el creciente endeudamiento de los consumidores, el incremento del abultado déficit fiscal y el aumento del precio del petróleo, indicaban que la economía estadounidense estaba al borde de una recesión económica que tendía a sumarse a la desaceleración global y amenazaba con convertirse en una depresión generalizada, precisamente antes de que se realizara el desastroso ataque contra Estados Unidos.

En el contexto de la coyuntura económica que antecedió al ataque y de su posterior impacto material, Estados Unidos justifica el inicio de los bombardeos contra Afganistán en una operación militar conjunta con Inglaterra, peyorativa-

mente denominada "justicia perdurable", con el fin de "cazar" a los presuntos responsables: el eventual terrorista Osama Ben Laden y su organización Al-Qaeda. Ello como punto de partida de una cruzada mundial a largo plazo contra el terrorismo internacional, que inicialmente se focaliza contra el gobierno Talibán en Kabul, acusado de proteger a los presuntos terroristas.

Adicionalmente, la declaratoria oficial de un estado de guerra por parte del presidente estadounidense George W. Bush permitió liberar el intocable excedente fiscal atesorado durante la bonanza de los noventas, especialmente el del seguro social y el del seguro médico, que sólo podía ser utilizado, tal como ya lo había anunciado el propio presidente antes del atentado, en caso de guerra o recesión. Con lo que, el presagio de una guerra en la mente del presidente, hecho realidad gracias al ataque de septiembre, permitió el descongelamiento de esos fondos y condujo a la aprobación inicial de un paquete de 40 mil millones de dólares destinados por mitades a la reconstrucción del área de Nueva York destruida y a la financiación del costo preliminar de la guerra, más otros 15 mil millones para apoyar a las líneas aéreas.

Como la reconstrucción de la ciudad se estima en 54 mil millones y la guerra apenas empieza, el destino de esos fondos es incierto, pero resuelve el debate gubernamental sobre el combate a la recesión que hasta entonces se había centrado en la rebaja de impuestos y en las siete reducciones a la tasa de interés efectuadas por la Reserva Federal, que no habían producido ningún resultado.

Algo parecido ocurre con el llamado bioterrorismo del que es objeto Estados Unidos con la infiltración de *ántrax* en algunas oficinas claves del gobierno, luego de iniciados los bombardeos contra Afganistán y que ha estimulado la industria farmacéutica ligada con la cura y prevención de infecciones de este tipo, particularmente disparando la venta de antibióticos como el Cipro, -producido por la multinacional alemana Bayer- y abriendo otra ventana a la reactivación económica para superar la recesión.

En el entendido que en coyunturas tan críticas como ésta el capitalismo y la dinámica del mercado generan cierta lógica interna, independiente muchas veces de la acción consciente y planificada de los estados, y teniendo en cuenta, como hemos reseñado, que Estados Unidos superó con creces su anterior recesión económica de 1990-1991, proyectando una expansión de casi una década, gracias en parte a sus victorias en la guerra del Golfo Pérsico y en la guerra fría, surge la pregunta de si con el inicio de una nueva guerra, ahora sobre Afganistán, no nos acercamos, consciente o inconscientemente, a la búsqueda de una solución similar a la encontrada en la década pasada y con actores muy semejantes: el hijo del presidente de Estados Unidos George Bush, que entonces lideró ese conflicto, acompañado del actual vicepresidente Dick Cheney, junto con el secretario de estado Colin Powell, fueron quienes dirigieron aquellas operaciones militares.

Así, ante los efectos desalentadores que el ataque parece haber producido, acentuando el proceso recesivo que ya venía minando la economía estadounidense, la guerra podría convertirse -como históricamente lo ha sido en otras coyun-

turas del capitalismo a lo largo del siglo XX— en un motor para reactivar el proceso de producción a partir del estímulo que ejercería sobre industrias clave como las de armamentos, petróleo y otras conexas. Al tiempo que la región escogida como escenario fundamental de la guerra en Asia Central configura —como se ha establecido— un núcleo geopolítico estratégico, íntimamente relacionado con las principales reservas mundiales de petróleo y gas natural, ubicadas en los territorios musulmanes del Medio Oriente y el Golfo Pérsico.

Indudablemente que luego de las destrucciones y la humillación asestadas a la primera potencia del mundo el 11 de septiembre, Washington necesitaba mostrar con urgencia un precedente y propinar una represalia ejemplar que permitiera desviar la mirada de la opinión internacional y de la propia ciudadanía estadounidense hacia otro escenario en el que Estados Unidos mostrara su poderío militar para restituir, con ello, la prepotencia de su imagen imperial, vulnerada en su orgullo y en su capacidad de defender los intereses económicos del capitalismo occidental; aún a pesar de que la ausencia de blancos u objetivos militares bien definidos, frente a un enemigo tan impreciso como el “terrorismo”, condujera a ataques que lesionen directamente a la población civil de Afganistán.

A pesar de que surgieron interrogantes sobre la autoría del atentado y sobre la posibilidad de que hubiera sido fraguado al interior del propio Estados Unidos o entre los más oscuros entresijos del capitalismo transnacional por alguna “potencia” ajena al terrorismo musulmán, el presidente Bush acusó de inmediato al señor Ben Laden: un saudita que emigró al territorio de Afganistán en el periodo de la Guerra Fría, convertido en instrumento del Pentágono para contener la invasión soviética y quien fuera entrenado y armado precisamente por Washington y la CIA para defender los intereses estadounidenses en esa región estratégica, y que ahora terminaba convertido en su víctima y transformado en su principal enemigo, legitimando una inminente invasión de Estados Unidos en Afganistán.

Aunque Washington no ha presentado públicamente pruebas que demuestren la vinculación directa de Ben Laden con los atentados, el presidente Bush puso rápidamente en pie de guerra toda la maquinaria militar estadounidense de submarinos, portaaviones, bombarderos, cazas, en diferentes puntos del planeta: desde la costa Atlántica de Estados Unidos hasta el Pacífico Asiático en Japón, pasando por el Océano Índico en la isla Diego García y por las bases aliadas del Cercano Oriente en Turquía y el Mediterráneo para dirigirla contra Afganistán.

Con este despliegue militar que desembocó el 26 de septiembre de 2001 en los sistemáticos bombardeos contra Afganistán, y gracias a la permanente difusión de las cadenas internacionales de televisión, principalmente la CNN, el mundo está siendo testigo, otra vez, de un espectáculo de alta tecnología militar sin precedentes como la que se presentó hace diez años durante la guerra del Golfo Pérsico y posteriormente durante la guerra contra Yugoslavia en Kosovo; el mundo se convierte de nuevo en una vitrina comercial que abre espacio a la reactivación internacional del mercado de armas y en un laboratorio para la experimentación de nuevas tecnologías militares.

Con ello, se refuerza la conexión entre una crisis económica que apuntaba hacia una recesión internacional y un clima de guerra que estimula el tráfico de armas en la región más conflictiva del planeta, sede del mayor mercado mundial de armamentos y de las principales reservas petroleras; alimentando así, una espiral de destrucción y muerte sostenida por la simbiosis compulsiva entre armas y petróleo que pone en riesgo la paz y la seguridad de la mayoría de la población mundial, amenazando al propio Estados Unidos.

Paradójicamente los bombardeos sistemáticos contra el territorio afgano han contado con el apoyo de casi todos los países del mundo, encabezados por el Congreso de Estados Unidos; junto con las principales organizaciones internacionales como Naciones Unidas y su Consejo de Seguridad, la OTAN y la OEA, y con la participación de estados musulmanes claves en el área como Pakistán, Tayikistán, Uzbekistán y Turkmenistán, sumados a otros no musulmanes como Rusia, China y la India, al tiempo que estuvieron acompañados de un exacerbado clima de nacionalismo y xenofobia al interior de Estados Unidos dirigido contra el islamismo árabe y reflejado en encuestas donde cerca del 90 por ciento de los estadounidenses apoyaba las acciones de guerra; todo lo cual hace recordar aquellos momentos trágicos que precedieron el inicio de la Segunda Guerra Mundial cuando el antisemitismo se convirtió, por parte de la Alemania de Hitler, en el instrumento principal para legitimar la invasión a Europa.

Afganistán constituye el núcleo de un complejo ajedrez geopolítico en el corazón del Asia Central: posee fronteras con cinco países –Irán, Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán, China y Pakistán–, cuatro de ellos musulmanes –excluida China–, que conservan viejos roces históricos y donde se equilibran zonas de influencia de cuatro potencias regionales dotadas de armamento nuclear: Rusia, China, India y Pakistán, herederas de fuertes confrontaciones territoriales, lo que hace de la región un espacio altamente sensible a cualquier tipo de conflicto regional y genera gran incertidumbre sobre las repercusiones geopolíticas que tendrá el recalentamiento del área a partir de una guerra en territorio afgano.

La eventual intervención de la OTAN en ese territorio como resultado de la adopción del artículo 5º de su Carta Fundacional, que asume los ataques dirigidos contra Estados Unidos como ataques contra cada uno de sus otros 18 países miembros y del consiguiente apoyo logístico, de bases territoriales y espacios aéreos brindados a Washington por esos países para el desarrollo de las operaciones militares, y el visto bueno otorgado hasta ahora por Pakistán –comprometido por medio de la prórroga de sus deudas y la suspensión de sanciones por parte de Estados Unidos– y por los estados ex-soviéticos de Asia Central interesados junto con Rusia, China y la India en acabar con el gobierno Talibán, pero que posteriormente, una vez derrotados los talibanes en Afganistán y desaparecido el enemigo común, podría atemorizar a esas potencias regionales que verían amenazadas sus fronteras ante la presencia de la Alianza Atlántica en su vecindad, convirtiendo a esta última en el nuevo enemigo común. Por lo que el escalamiento de la guerra amenazaría devenir en un conflicto regional extensivo hasta el Cercano Oriente, epicentro del conflicto palestino, donde Israel –estado

asociado a la OTAN— también posee armamento nuclear, creándose el riesgo de confrontaciones o atentados nucleares.

La perspectiva que podría presentarse ante el mundo musulmán sería la de una Palestina invadida por Israel en el Cercano Oriente junto al territorio de Asia Central controlado por Estados Unidos a través de la OTAN. Una intervención tan abierta y directa en esos territorios por parte de Occidente podría generalizar violentas reacciones de rechazo contra la penetración occidental, si no en los gobiernos, sí en las poblaciones musulmanas que tenderían a ser movilizadas hacia una eventual "guerra santa".

El trasfondo de estos acontecimientos no es ajeno al juego de intereses que despierta la situación estratégica de esta región que —como hemos anotado— conserva las más importantes reservas mundiales de hidrocarburos concentradas en el Golfo Pérsico, el mar Caspio y las repúblicas ex-soviéticas de Asia Central fronterizas con Afganistán, junto con las principales redes de oleoductos, gasoductos y rutas marítimas de exportación del crudo en el Océano Índico hacia regiones estratégicas que carecen de combustible como Europa continental por el Mar Rojo a través del Canal del Suez, o el Pacífico Asiático y Japón por el Estrecho de Málaga.

Adicionalmente la geografía de Afganistán, situada en la vertiente del Indu Kush y sobre la meseta de Pamir, conocida como el "techo del mundo", donde confluyen ramales de las principales cordilleras de Asia Central, convierte al territorio en centro estratégico para el control militar de la región y para la penetración hacia Rusia, China e India, lo que históricamente la ha convertido en objetivo militar de todos los imperios que pasaron por Asia desde la Antigüedad hasta los tiempos modernos, empezando con los Persas y pasando por Alejandro Magno, los otomanos, Gengis Khan, los británicos y los soviéticos, hasta la presente avanzada estadounidense.

El negocio del opio y la heroína constituye a su vez otro objetivo estratégico que desde una perspectiva geoeconómica global pesa sobre el destino de Afganistán. En efecto, este país representa el principal productor mundial de ambas drogas gracias a sus tradicionales cultivos naturales de amapola que lo convierten en el primer centro de exportación hacia Europa Occidental, a través de las rutas de Asia Central y el Cáucaso ex-soviético, con cerca de 75 por ciento del mercado internacional, en momentos en que el precio de estos productos alcanza niveles ruinosos en medio de la recesión global y la sobreproducción de droga de la que se culpa a Afganistán, poniendo al orden del día la necesidad de controlar sus zonas de cultivo y rutas de exportación.

Todo lo anterior podría mostrar la otra cara de esta guerra tecnológica no declarada por parte de la primera potencia del mundo contra un país en ruinas, que después de casi 10 años continuos de guerra, primero contra la Unión Soviética y luego entre los propios afganos, terminó reducido a escombros y convertido en uno de los tugurios de la periferia capitalista, como principal exportador de drogas y refugiados.

Teniendo en cuenta que entre la lista de estados enemigos señalados por Estados Unidos como protectores de terroristas se encuentran al occidente de Afganistán

en orden geográfico: Irán, Iraq y Siria, los cuales tocan las fronteras del conflicto árabe-israelí y abarcan toda el área petrolera del golfo Pérsico y Medio Oriente, donde tradicionalmente se ha constituido el principal mercado internacional de armas, y que a los anteriores estados "terroristas" se añade Sudán en el noreste de África, entonces, la ampliación del conflicto podría eventualmente extenderse hasta los límites del Mar Rojo y el Canal del Suez; articulando el Cuerno de África con el Cercano Oriente y Asia Central alrededor de un probable escenario de guerra en una conflagración de carácter más continental sobre la cuenca del Océano Índico en Asia Meridional.

En este escenario no se descartaría la posibilidad de una extensión del conflicto a la cuenca del Índico, que por su contradictoria complejidad —ya reseñada—, en cuanto a potencialidad de mercados, crecimiento demográfico, altos índices de pobreza, religión y cultura musulmana no occidentalizadas, reservas energéticas y menor penetración de la globalización capitalista, representa un potencial inexplorado donde confluyen múltiples intereses transnacionales.

Lo anterior permite sospechar que por el trasfondo económico de esta guerra, ésta finalmente no va a circunscribirse al territorio de Afganistán sino que probablemente terminará enfrentando a las diferentes potencias regionales contra Estados Unidos y la OTAN en un conflicto internacional por el control de las reservas energéticas del planeta situadas en esa área.

¿O acaso la desestabilización de una zona tan neurálgica en la geopolítica global y sumida en condiciones de deterioro socioeconómico tan grande no conducirá a un conflicto internacional de envergadura mucho mayor de la que parece prever inicialmente Estados Unidos?

Frente al eventual intento de forzar la integración de la cuenca musulmana del Índico al proceso de globalización, induciendo un recalentamiento político del área por medio de una guerra para propiciar transformaciones de orden geopolítico y económico en esa cuenca, es preciso recordar que si la Primera Guerra Mundial se desarrolló fundamentalmente en la cuenca del Atlántico, abriendo espacio a Estados Unidos como potencia emergente, y la Segunda Guerra Mundial terminó en la cuenca del Pacífico, consolidando la expansión y el predominio estadounidense en esa área, luego de los bombardeos atómicos sobre Japón, una eventual Tercera Guerra Mundial podría tener precisamente como escenario la región del Índico, intentando fortalecer las posiciones de Occidente en una región que aparece como la más estratégica en el siglo XXI.

Sin embargo, es preciso recordar que históricamente, desde el nacimiento de los primeros imperios, como los de Persia a Roma en la Antigüedad, hasta España, Portugal, Holanda, Francia y Gran Bretaña en la modernidad, toda potencia nace, crece y se desarrolla en medio de guerras coloniales que alimentan su proceso de expansión, pero que finalmente declina y se destruye al interior de infructuosas guerras de desgaste cuando su descomposición interna y crecimiento externo alcanzan los límites históricos de su propia sobre-expansión imperial, y que a diferencia de la primera y segunda guerras mundiales, en las que Estados Unidos intervino al final de las contiendas alejadas geográficamente de su territo-

rio protegido por dos océanos, las guerras del siglo XXI no parecen conocer fronteras y el ataque de septiembre demostró que este país ya no es invulnerable.

En el plano geopolítico se abren múltiples interrogantes. ¿Acaso el desbordamiento de una confrontación en Asia Central podría conducir al retorno de la polarización entre Oriente y Occidente matizada ahora por la radicalización del mundo musulmán?, ¿la expansión de la OTAN hacia el este de Eurasia podría eventualmente configurar un bloque liderado por Estados Unidos contra una coalición de las potencias regionales de Asia?, ¿o estamos *at-p portas* de una gran alianza global de los centros regionales de poder liderados por Estados Unidos al frente de la OTAN para dominar el mundo?, pero, ¿cuánto podría resistir una alianza global de ese tipo?

La respuesta a tales interrogantes depende, en gran parte, del curso que a raíz de estos mismos acontecimientos tome la coyuntura mundial, bien hacia una improbable recuperación económica de Estados Unidos y el mercado global, o bien, hacia una depresión del mercado capitalista, terminando de hundir con ello el proceso de globalización y su expansión neoliberal; que con anterioridad a estos eventos ya parecía haber llegado a su fin, al menos bajo la forma del libre comercio que dominó Estados Unidos en las postrimerías del siglo XX y que ahora solamente podría imponer una coalición internacional por la vía militar, respaldada en la globalización de la fuerza.

Bibliografía

- Ayres, Robert, *La próxima revolución industrial*, México, Ediciones Gernika, 1987.
- Banco Mundial, *Informes 1992-2000*, Washington.
- Batra, Ravi, *El mito del libre comercio*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1994.
- Brenner, Robert, *Turbulencias en la economía mundial*, Chile, LOM Ediciones, 1999.
- Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, *Un mundo en proceso de urbanización. Informe Mundial sobre los Asentamientos Humanos 1996*, Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (Habitat), Tercer Mundo, 1996.
- CEPAL, *Informes 1992-2000*, Santiago.
- Coriat, Benjamín, "Globalización de la economía y dimensiones macroeconómicas de la competitividad", en *Desarrollo Económico*, Argentina, núm. 124, 1994.
- Chomsky, Noam, *El nuevo orden mundial (y el viejo)*, Barcelona, Grijalbo/Mondadori, 1996.
- Drucker, Peter, *Nuevas realidades*, Bogotá, Editorial Norma, 1989.
- , *La sociedad post capitalista*, Bogotá, Editorial Norma, 1993.
- Engels, Federico, "Proteccionismo y libre comercio", en Carlos Marx y F. Engels, *Escritos económicos*, México, Editorial Grijalbo, 1966, pp. 359-372.

- Fondo Monetario Internacional, *Informes Anuales, 1992-2000*, Nueva York.
- Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.
- Gardels, Nathan P. (editor), *Fin de siglo. Grandes pensadores hacen reflexiones sobre nuestro tiempo*, México, McGraw-Hill, 1996.
- Gates, Bill, *Camino al futuro*, Madrid, MacGraw-Hill, 1995.
- Hobsbawn, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Ediciones Crítica, 1996.
- Huntington, Samuel, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Kennedy, Paul, *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Plaza & Janés, 1992.
- , *Hacia el siglo XXI*, Barcelona, Plaza & Janés, 1993.
- Kissinger, Henry, *La diplomacia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Marx, Carlos, "Los proteccionistas, los librecambistas y la clase obrera", en Carlos Marx y F. Engels, *Escritos económicos*, México, Editorial Grijalbo, 1966, pp. 321-323.
- , "Discurso sobre el problema del libre cambio", en Carlos Marx y F. Engels, *Escritos económicos*, México, Editorial Grijalbo, 1966, pp. 324-335.
- Ohmae, Kenichi, *El poder de la triada. Panorama de la competencia mundial en la próxima década*, México, McGraw-Hill, 1990.
- Pernett, Erick, *Fin del milenio. Nuevo 'Orden' Mundial*, Medellín, Centro de Estudios Alejandro López, 1993.
- , "Globalización. La crisis de fin de siglo", en revista *Análisis*, Medellín, núm. 1, vol. 2, abril de 1999.
- , "Colombia y el área andina en el nuevo contexto geopolítico de globalización", ponencia presentada en el XXI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), São Paulo, 1997. Publicada en *Utopía siglo XXI*, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, Medellín, núm. 2, vol. 1, 1997.
- , "Ofensiva de la OTAN en los Balcanes y globalización de la fuerza", ponencia presentada en el XXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Concepción, Chile, 1999. Publicada en *Cooperativismo y Desarrollo*, Universidad Cooperativa de Colombia, Medellín, núm. 72, marzo de 2000.
- Saxe-Fernández, John, "Globalización: procesos de integración y desintegración", en Jaime Estay (coordinador), *La reestructuración mundial y América Latina*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1993.
- Schaff, Adam, *¿Que futuro nos aguarda? Las consecuencias sociales de la segunda revolución industrial*, Barcelona, Ediciones Crítica, 1995.
- Sotelo, Adrián, *Globalización y precariedad del trabajo en México*, México, El Caballito, 1999.
- Stavenhagen, Rodolfo, "En torno a las relaciones internacionales y la globalización: una síntesis analítica reflexiva", en *Análisis Político*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, núm. 31, 1997.

- Thurow, Lester, *El futuro del capitalismo*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1996.
- Toffler, Alvin, *Las guerras del futuro*, Barcelona, Plaza & Janés, 1994.
- Valdés, María Teresa, "Cambio tecnológico, globalización y Nuevo Orden Mundial", en J. Rivera y J. Preciado (coordinadores), *Globalización y bloques económicos. Realidades y mitos*, México, Ediciones Juan Pablos, 1995.
- Wallerstein, Immanuel, *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 1999.
- Yergin, Daniel, *La historia del petróleo*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1992.
- Yip, George, *Globalización. Estrategias para obtener una ventaja competitiva nacional*, Bogotá, Ediciones Norma, 1994.

Octubre de 2001